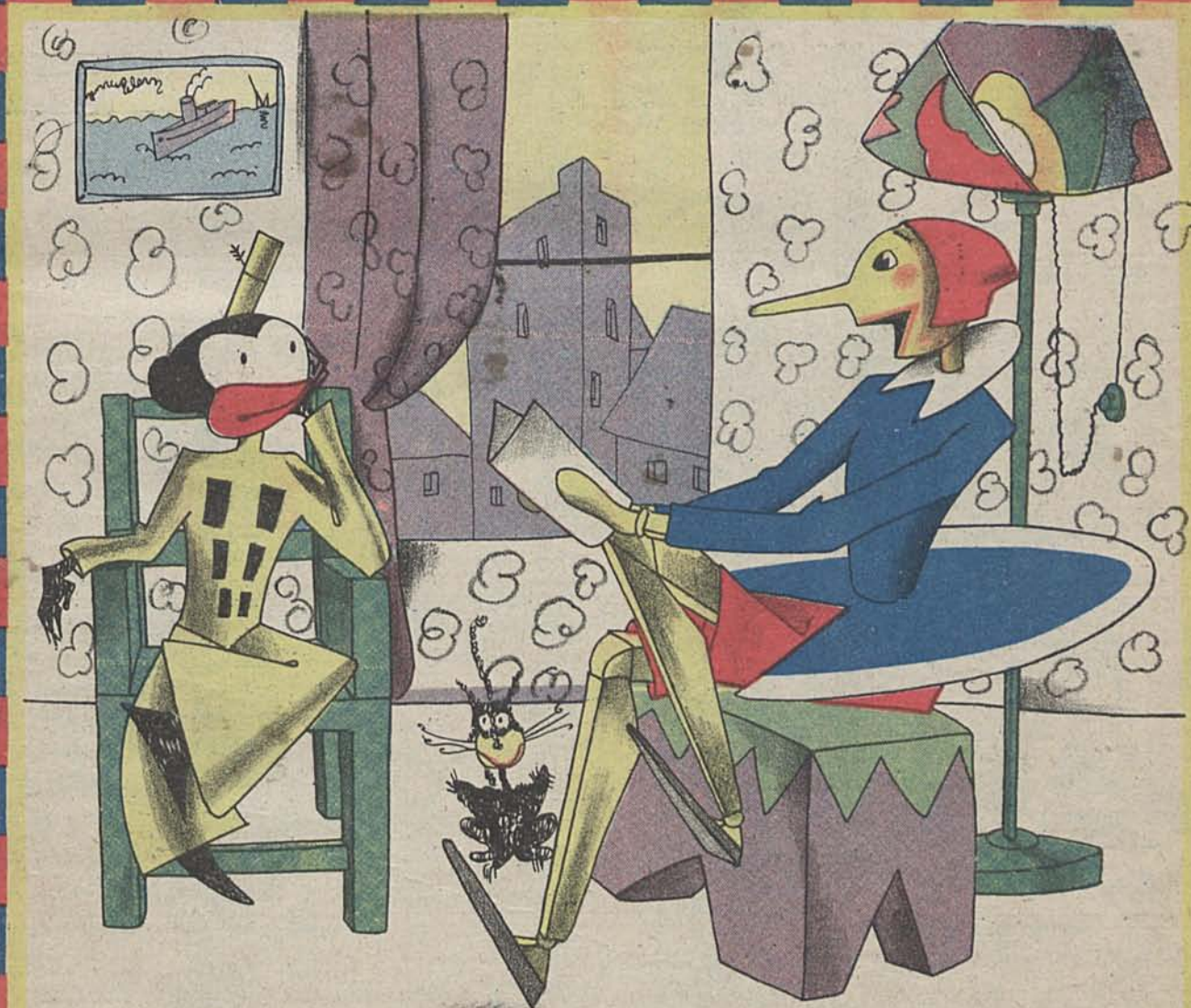


PiNOCHO

AÑO VI
NUM. 256

25 cts

12 ENERO
1930



- ¿CUANTO ES TRES MENOS DOS?
- NO SE.....
- MIRA; SI HAY TRES MOSCAS ENCIMA DE UNA MESA Y MATAS DOS ¿CUANTAS QUEDARÁN?
- PUES DOS.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: 5, SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28° 17'

POR E. GIOVANELLA Y J. M. BARBIERE

(Continuación)

esperaban dos personajes, dos blancos, quienes me acogieron con una sonrisa y se miraron después uno a otro con expresión interrogativa.

Estaban sentados ante una pequeña mesa toda cargada de papeles, y antes de dirigirme la palabra, conferenciaron un poco entre sí en voz sumamente baja consultando a cada paso una carta que uno de los dos tenía entre las manos. Era éste un hombre de cierta edad, de formas esbeltas pero líneas vulgares, color atezado, pelo corto e hirsuto y bigotes y patillas muy espesos de un hermoso tono castaño oscuro; vestía una cazadora color marrón, entallada merced a una cartuchera rebosante, y llevaba botas y polainas. El otro era la antítesis viviente de su compañero: pequeño, delgado, endeble, calvo y enteramente rasurado, una fisonomía sagaz de hombre astuto y receloso. Llevaba con elegancia irreprochable un traje de perfecto corte parisiense; americana y pantalón de paño gris, chaleco de piel de gamuza de un gris algo más claro, corbata color ceniza con lunares blancos, y el pañuelo de seda, que asomaba por el bolsillo del pecho, y los calcetines, que se medio mostraban entre el borde de los pantalones y los finos zapatos de charol, de dos apenas sensibles gradaciones del mismo tenuísimo lila. Lucía en el ojal un cándido *lan hua*, la más bella y perfumada de las flores chinas, y entre los dedos, cargados de sortijas, daba vueltas a un grueso habano que se acercaba frecuentemente a los labios sacando de él grandes volutas de denso humo blanquecino.

El de los bigotes me interrogó primero:

—Dispénsame, señor...—dijo en un castizo francés, rotundo y sonoro, que le denunció en seguida como compatriota mío—si no hemos podido emplear maneras más civiles para procurarnos el placer de hablar con usted. ¿Quiere hacerme el obsequio de decirme su nombre?

—Juan Mandiguet—respondí secamente; y estaba para añadir otra cosa, pero mi interlocutor no me dejó tiempo.

—Francés, por consiguiente—prosiguió con melosa cortesía—¡Tanto mejor! También nosotros somos franceses. Yo soy Gaston Delheure, y tengo el gusto de presentar a usted a mi amigo Luis Lagard.

El elegante hombrequito hizo una seña con la cabeza, y mientras el tártaro me desembarazaba de la cuerda y salía, aquél se acomodó mejor en su silla, montando una pierna sobre la otra después de dar un ligero tirón a los pantalones para que no le hiciesen rodilleras; y con la uña afilada del meñique dió un leve golpe al habano que sostenía entre el pulgar y el índice haciendo caer la ceniza sobre el pavimento. Yo observaba todos estos detalles con un sentimiento de curiosidad ansiosa, procedente quizá de un poquito de miedo que no quería confesarme a mí mismo.

A poco, Delheure reanudó el interrogatorio.

—¿De modo que usted es don Juan Mandiguet?

—Sí señor.

—¿Profesión...? ¿Periodista, presumo?

—Periodista, con efecto. De la *Prensa Universal*, de París.

—Un gran periódico. Yo lo leo a diario cuando estoy en París. Hasta creo tener aquí algún ejemplar.—Y buscó distraídamente entre los papeles que había sobre la mesa.

Luego me preguntó:

»—Y, perdóneme la curiosidad, ¿puede saberse el motivo de este viaje de usted al interior de China?

»—Soy yo ahora quien pide a usted perdón; pero también un periodista puede ¿no es cierto? tener su secreto profesional... secreto que debe mantener acerca de su trabajo hasta que tenga noticias ciertas, o a lo menos consideradas probables... Por otra parte, siendo un lector asiduo de la *Prensa Universal*, podrá usted leer mis artículos... Uno de ellos lo he mandado justamente en estos últimos días.

»—¡Aparenta usted no entenderme, señor Mandiguet! Otra pregunta... más concreta. Entre sus colegas ¿no conoce a unos señores que se llaman Holtzmann, Hodgsonfield, Crooswelts..., D'Alimand?

»—Todos son buenos amigos míos—repuse con la mayor naturalidad—Uno de ellos ha sido incluso mi compañero de oficina durante varios años, y otro mi inseparable compañero en Siberia en el curso de la guerra ruso-japonesa.

»—¡Bien, bien! Pero es el viaje actual de usted lo que nos interesa al señor Lagard y a mí.

»Una pausa. Yo fingí no haber entendido.

»—En confianza, díganos. ¿No emprendió usted este viaje a consecuencia de una carta de alguno de esos amigos?

»—¿A consecuencia de una carta...? No sé... no me parece... creo que no.. Figúrense ustedes; escribe uno con bastante frecuencia...

»En ese instante, Lagard se inclinó al oído del camarada, y le susurró algo. El otro asintió. El imberbe entonces, levantóse y salió, mientras Delheure, sacando un revólver del bolsillo, lo dejó encima de la mesa. Yo no dí muestras de haber hecho caso.

»Lagard volvió casi en seguida con dos hombres que, a despecho de mis vivas protestas, pusieron a registrarme todos los bolsillos, colocando en la mesa cuanto iban encontrando. Mis contraseñas, mis tarjetas de identidad, el pasaporte chino, las últimas cartas de mi madre, y finalmente, también este libro de apuntes así

como la carta de Hodgsonfield, todo fué examinado, leído, discutido en voz baja por los dos socios, que parecían visiblemente satisfechos. Yo debía de estar verde como un... lagarto.

«Así transcurrieron tres cuartos de hora por lo menos. Cuando acabó la inspección, Delheure me miró de frente algunos instantes con sonrisa ambigua; luego empezó con voz áspera y en un tono que no admitía réplica.

»—Señor Mandiguet, está usted facultado para elegir. ¿Quiere usted pasarse a nuestro bando, hacer causa común con nosotros, compartir nuestros riesgos y por tanto nuestras utilidades también, que son seguras y considerables? O bien, ¿persiste usted en el propósito de permanecer fiel a una causa que es generosa, a decir verdad, pero que no puede reservarle más que la ruina y tal vez... la muerte...? No le ocultaremos efectivamente que si se obstina usted en no adherirse a las proposiciones que ahora le hacemos, nos veremos forzados a desembarazarnos de usted como lo hemos hecho ya con todos los que se nos han atravesado en el camino.

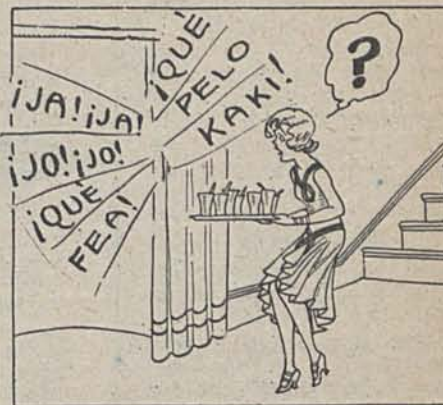
»¡Categórico y expedito, el señor Delheure! Yo, aunque estuviera dispuesto a todo, me sentí por el momento confundido y aterrado. El personaje pequeño y elegante encendió entre tanto otro habano, prendiendo la punta en la llama de dos o tres cerillas.

»—Le declararé a usted por lo pronto que nosotros no nos llamamos ni Delheure ni Lagard; —prosiguió mi inefable cómitre—somos dos antiguos amigos de Larouchy—y recalco las palabras *antiguos amigos*—y hemos venido aquí para impedir los efectos de un acto suyo impremeditado y espontáneo, casi estoy por decir que inconsciente. El miedo a la muerte que se aproxima puede, en efecto, privar de la ecuanimidad hasta al carácter más entero. Y de todos modos, él, que siente que la vida se le acaba y la muerte está a punto de sustraerle a la pena que hubiera podido infligírsele ¿tiene el

(Continuará en el próximo número).



COLORÍN y su PANDILLA





El pequeño guerrero del Transvaal

Por E. Salgari

(Continuación)

Pero una desilusión aguardaba a aquellos bravos. La corriente se precipitaba en remolinos vertiginosos, cerrando la última salida a los valientes soldados de Cronje, y, además, las orillas estaban dominadas por fuertes guardias de infantería montada.

Algunos exploradores destacados en observación habían logrado sorprender a un centinela inglés rendido al sueño, y el infeliz, amenazado de muerte, tuvo que confesar que entre los árboles de la orilla se ocultaban cuatro regimientos para impedir que los boers vadearan el río.

Al oír hablar de infantería montada, el pequeño Dick sintió que le subía a la cara un relámpago de ira. ¡El asesino de su padre estaba allí, delante de él, a la cabeza de su regimiento!

Interrogó al prisionero, quien confirmó su sospecha. John Douglas mandaba el ala izquierda, que se apoyaba en el Tugela.

—¡Suceda lo que quiera, mi padre será vengado!—se dijo el joven héroe.

Cuando el grupo regresó al campo boer, Dick se encaminó en derechura a la tienda de Cronje, quien profesaba al hijo del fusilado un afecto particular.

—Mi general—le dijo—, el asesino de mi padre se encuentra junto al río. Está vivo aun, y mi padre ha muerto y todavía no lo he vengado.

—¿Qué te propones, muchacho?—preguntó Cronje.

—Ir a matarlo—repuso Dick con aire decidido.

—¿En medio de sus soldados? Sería una locura que te costaría la vida, sin que lograras tu empeño.

—¿Tendré entonces que dejar pasar esta ocasión, que acaso no vuelva a ofrecérseme?

—La batalla no ha comenzado aun, Dick, y quién sabe si John Douglas no se te acercará a tiro de fusil.

—Hazme caso, querido; primero la patria, luego la venganza. Te prometo que no me olvidaré de ti.

Los primeros cañonazos, que retumbaron con siniestro eco en la llanura que circundaba la colina, pusieron fin a su diálogo.

El inmenso ejército inglés, que había completado ya el cerco del campo boer, avanzaba en masas profundas y compactas, decidido a destrozarse a aquel puñado de héroes.

Lord Robert, el generalísimo inglés, empujaba a sus numerosos regimientos al ataque, confiando en una rendición que no se haría

esperar mucho. Pero tenía ante sí a enemigos que habían hecho de antemano sacrificio de su vida por defender a su patria.

Ocultos en sus profundos fosos, que se ensanchaban por el fondo, estrechándose en cambio a flor de tierra, aquellos portentosos y habilísimos tiradores recibieron a las primeras vanguardias inglesas con un fuego de fusil tan denso y terrible que detuvo en seco la acometida de aquellas poderosas columnas, causándoles espantosas pérdidas.

El fuego era tan nutrido y ordenado, que en menos de media hora la llanura quedó cubierta de montones de caballos y de hombres muertos o moribundos.

Lord Robert, comprendiendo que no lograría tomar de frente el campamento boer, defendido por hombres tan intrépidos, después de varias inútiles tentativas optó por abrumarlos bajo el fuego de su artillería.

Cincuenta cañones, puestos en batería, fulminaron la colina con fragor horrendo.

Las granadas, cargadas de liddita, materia enormemente explosiva, que despedía gases asfixiantes, se sucedían cada vez más densas.

Estallaban por centenares, removiendo el suelo por todas partes, destrozando los bordes de las trincheras y mutilando horriblemente a aquellos bravos, que preferían hacerse matar a rendirse al odiado enemigo.

Masas de humo asfixiante envolvían la colina, ondulando

pesadamente entre las rocas, mientras los bueyes de los carros que los boers no habían podido preservar del fuego caían a centenares, sacrificados por aquel huracán de fuego y acero.

Los boers, sin embargo, no cedían. Escondidos en sus trincheras, respondían vigorosamente, aunque apenas podían respirar en aquella atmósfera hedionda, que provocaba furiosos accesos de tos.

Cuando un golpe de viento la disipaba y podían distinguir a los artilleros ingleses, sus descargas de fusilería sembraban la muerte entre los servidores de las piezas.

Pero Lord Robert no tardaba en substituir a los caídos. Tropas le sobraban, y estaba dispuesto a no economizarlas.

La situación de los boers se hacía cada vez más grave.

Las granadas, después de hacer en el ganado una espantosa carnicería, prendieron fuego en los carros acumulados en la cima de la colina, y aquellos enormes furgones, que son verdaderas casas ambulantes, ardían, abrasando a los pocos animales escapados a aquel huracán de hierro.





Era un espectáculo horrible, inolvidable, que, no obstante, aun no bastaba para dominar la sólida fibra de aquellos heroicos defensores de la patria, cogidos entre las llamas y los proyectiles enemigos.

Día y noche, los cañones ingleses siguieron tronando sin un instante de tregua, con ensordecedor estruendo.

Los muertos, en el fondo de las trincheras, que las granadas habían descubierto en gran parte, eran ya incontables, y centenares de heridos gemían amontonados sin orden ni concierto.

Cronje se resistía a rendirse, aun cuando comprendiera que ya nada podía esperar, pese al heroísmo de sus hombres.

Confiaba aun en una salida desesperada, en uno de aquellos golpes de genio que habían hecho ya legendarios a los generales de las dos pequeñas repúblicas.

El río no estaba más que a dos kilómetros, y acaso a aquella hora sería posible vadearlo. En aquel momento supremo se acordó del joven Dick, que combatía encarnizadamente en una trinchera avanzada, y envió a uno de sus hombres a buscarlo.

Tenía una fe ilimitada en aquel soldado, aun cuando no fuese más que un chiquillo.

—Dick—le dijo cuando lo tuvo delante—, puedo darte el medio de vengar a tu padre.

—Hablad, mi general—respondió el joven.

—Tú, que has habitado siempre cerca del Tugela, ¿conoces bien el curso del río?

—Lo he recorrido en cincuenta o sesenta kilómetros.

—¿Dónde podrías encontrar un vado que permitiera el paso?

—Quizá junto a la Roca Negra. Allí no creo que el agua sea muy profunda, a pesar de la crecida.

—Te confío el encargo de ir a asegurarte de que mis tropas podrán pasar el río. Toma cincuenta hombres escogidos, y que Dios te depare buena suerte, muchacho.

«Enfrente tienes la infantería montada; quizá esté con ella el asesino de tu padre.

«Abrazame, Dick. Vas en busca de la muerte».

—Nada me asusta, mi general—respondió el joven con voz conmovida. Sabré morir como un corneta de campo. Abrazó al general, y se deslizó fuera del foso.

La artillería inglesa había reanudado el bombardeo. Las granadas estallaban por todas partes, levantando nubes de tierra y piedras y esparciendo en torno sus gases mefíticos.

Arrastrándose con precaución, y no sin ser de vez en cuando cubierto por la tierra levantada, Dick llegó a su trinchera, un reducto inmenso que contenía a cuatrocientos hombres con buen número de caballos.

Escogió a sus cincuenta hombres y esperó la noche para intentar la arriesgada exploración. De día hubiera sido una locura, pues las vanguardias inglesas estrechaban el cerco por la base de la colina para cerrar a los boers toda salida.

Al caer las tinieblas, el corneta de campo y sus cincuenta hombres salieron cautamente del foso, montaron a caballo, y por los senderos se dirigieron al pie de la colina, por el lado del río.

Aquellos hombres eran combatientes esforzados, que habían

desafiado la muerte en diez campos de batalla, y estaban decididos a arrostrarlo todo por hallar un paso para el pequeño ejército de Cronje.

Los cañones ingleses, después de un bombardeo endemoniado, habían enmudecido poco a poco. Sólo de vez en cuando se percibía el estampido lejano de un disparo, o la explosión de una granada en las tinieblas, esparciendo en torno relámpagos sangrientos.

El grupo de jinetes pudo llegar a la base de la colina sin ser descubierto. Allí se dividió en dos secciones y cada cual preparó sus armas. Había que atravesar a galope tendido por en medio de las vanguardias inglesas que seguramente serían numerosas y estarían alerta.

—¡Compañeros!—dijo Dick—No olvidéis que si triunfamos en la empresa, cuatro mil compatriotas nos deberán su libertad.

—¡Adelante!—respondieron los boers.

Clavaron las espuelas en el vientre de los caballos y se precipitaron como un ciclón a través del campamento inglés, disparando a diestro y siniestro para desconcertar a los enemigos, sorprendidos por el inesperado ataque.

Parecían cincuenta demonios. Los primeros soldados que intentaron hacerles frente fueron derribados y pisoteados por los caballos, y las tiendas se abatieron como bajo un vendaval irresistible.

El ataque había sido tan fulminante, que las vanguardias no acertaron a oponer resistencia. Por todas partes, los ingleses, medio dormidos y aterrados por los gritos y los disparos, huyeron en desorden.

¡Si en aquel momento Cronje hubiera abandonado su campamento para lanzarse con sus hombres al asalto! Pero el general no podía esperar tanta fortuna.

El animoso escuadrón desfondó una detrás de otra las líneas ya vacilantes de los enemigos, y desapareció entre una lluvia de balas con dirección al río.

Diez jinetes habían sucumbido, pero Dick escapó milagrosamente del fuego irregular e incierto de los ingleses.

Una hora después, la pequeña columna, que había disminuido la velocidad de su marcha para no llamar la atención de la infantería montada, apostada en las orillas del río, llegaba a la Roca Negra, donde Dick creía encontrar el vado salvador.

El sitio estaba desierto. Los ingleses, no creyendo que los boers pudieran llegar hasta allí, habían descuidado la vigilancia del paso, cuya existencia quizá ignoraban además.

Los jinetes, al verse libres de enemigos, dirigieron sus caballos al río, y llegaron felizmente a la orilla opuesta.

Habían encontrado el paso, y era posible vadearlo. La salvación del ejército de Cronje parecía ahora posible.

Volvieron grupas, y regresaron a la otra orilla. Era preciso comunicar al general aquel precioso descubrimiento, cosa no fácil; pero todos convinieron en volver al campo, aun cuando tuvieran que pasar de nuevo a través de las vanguardias inglesas.

Ya habían lanzado los caballos al galope, cuando hacia la colina oyeron un espantoso cañoneo.

Lord Robert, advertido de que los boers intentaban forzar el paso del río y salían de sus reductos, lanzaba todo su

(Continuad en el próximo número).

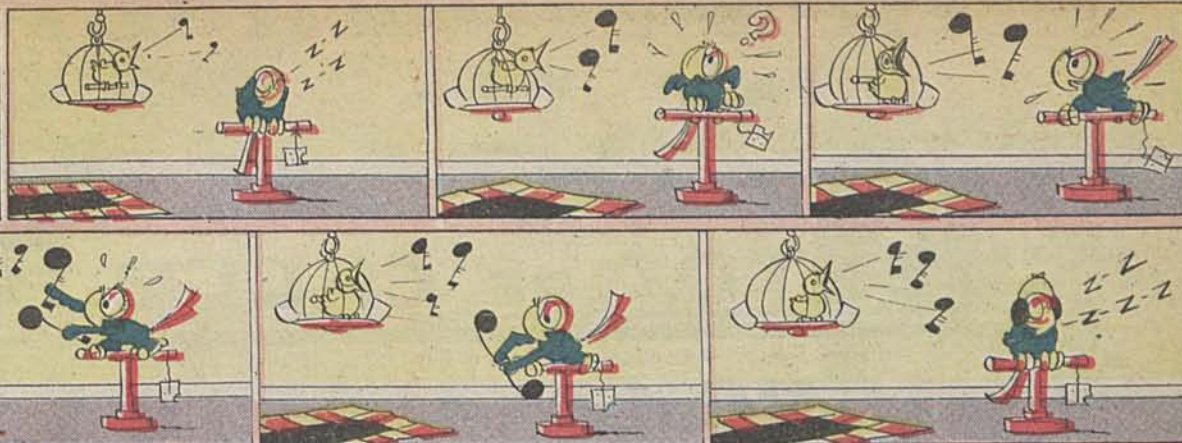




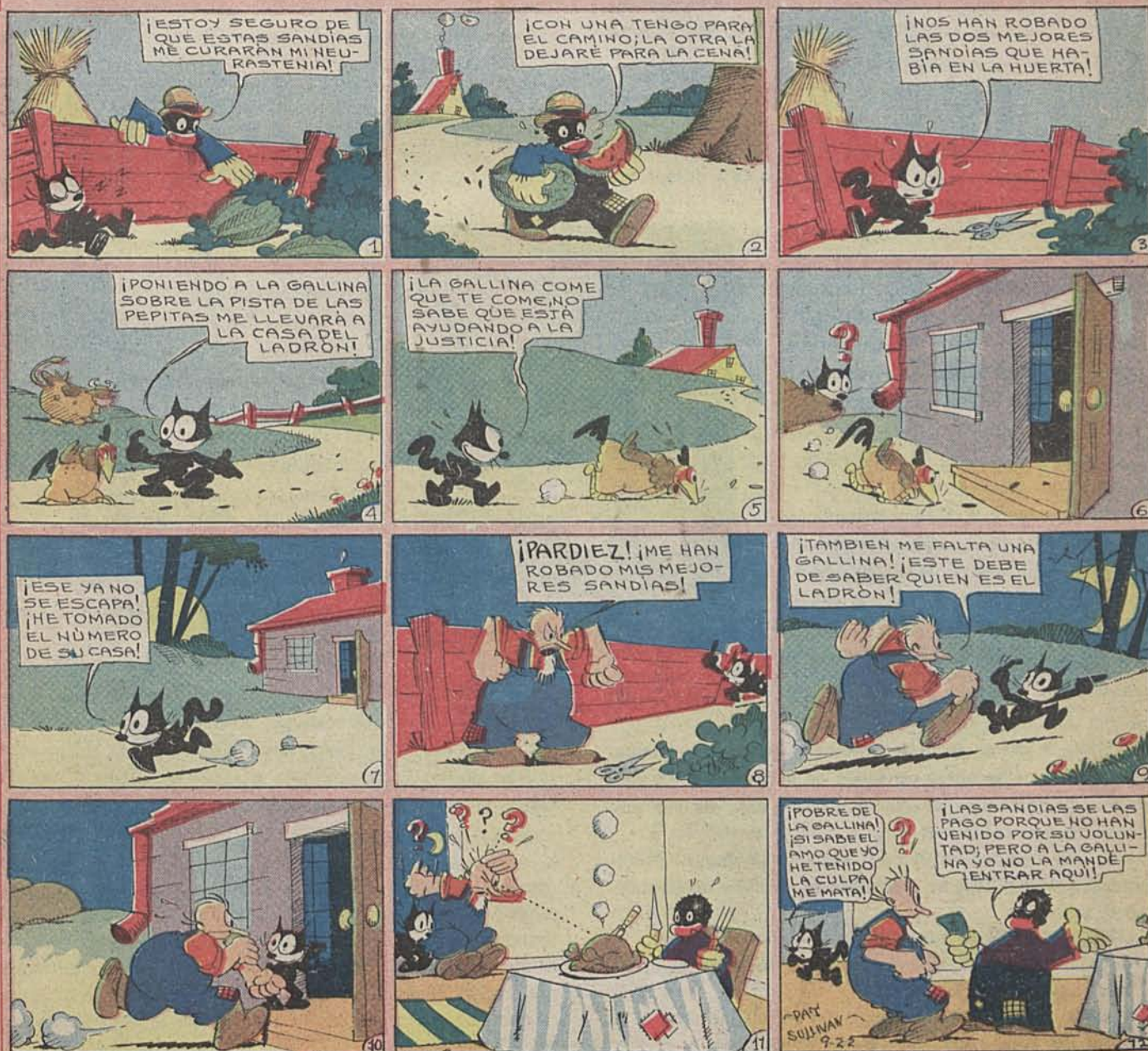
DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



CUENTOS DE CALLEJA

Castillo

LA AMBICION DESMEDIDA



de esta manera:

—Salud, noble Ricardo: la Providencia te ha señalado por Rey de tu pueblo; y, para que no lo dudes, te vaticino que, al dar vista a la capital, se posará un cuervo sobre tu casco.

El general quiso detener a la bruja; pero ésta desapareció sin dejar rastro de su presencia.

No hizo caso Ricardo de aquel anuncio, que creyó ridículo y contrario a su noble orgullo; pero, cuando el ejército se acercó al pie de las murallas de la capital, un cuervo, dando terribles graznidos, se posó sobre el casco del victorioso general, cumpliéndose así la primera parte de aquella extraña predicción. Esto hizo estremecer al general, que era un bravo soldado, y deseaba presentarse a su Rey.

Salió a recibirle el Monarca, prodigándole toda clase de agasajos, y le hizo duque, como premio al triunfo conseguido.

Cuando se retiró a su casa el general comunicó a su esposa el extraño suceso, y ésta, que era ambiciosa en sumo grado, no descansó un momento pensando en que podría llegar a ser Reina.

—Mira—le dijo su esposo—, que nada hemos de adelantar con calentarnos la cabeza pensando en lo imposible. La vieja era una impostora, y no hay que hacer caso de sus predicciones.

—Eso sí que no es verdad—exclamó la mujer—¿No te anunció que un cuervo se posaría en tu casco, y así puntualmente sucedió?

—Eso fué, sin duda, una casualidad—objetó el general.

—No fué casualidad, sino que, sin duda, así está decretado. Y serás Rey, ¡vaya si lo serás!

Y desde aquel instante la esposa del general no cesó ni un momento en pensar que habría de ser Reina.

Al poco tiempo el Rey anunció que iba a pasar unos días en la morada del general Ricardo, lo cual era un honor extraordinario. Hicieron en el castillo grandes preparativos para recibir al regio huésped, y, cuando éste llegó, se le colmó de toda clase de agasajos.

Aquella noche, la mujer del general embriagó a los guardias que vigilaban a la puerta de la alcoba regia, y, cuando estuvieron dormidos, entró en la alcoba del Rey provista de un agudo puñal. Al ver al Monarca se inmutó y no se atrevió a

darle el golpe de muerte, por lo cual volvió adonde estaba su marido, haciéndole toda clase de argumentos para convencerle de que asesinara al Rey.

El general se defendió bastante rato alegando que el Monarca era su huésped y todos le llamarían traidor y asesino; pero la mujer logró al fin convencerle, diciendo que ensangrentaría la ropa de los guardias para hacer creer que ellos habían sido los asesinos.

De tal manera estimuló la ambición del guerrero, que éste, fuera ya de sí, se dirigió a la alcoba donde el Rey reposaba, y sin vacilar le partió el corazón de una puñalada,

Retiróse sin hacer ruido, mientras su esposa empapaba con la sangre de la víctima las armas y las ropas de los dormidos soldados. Al día siguiente, cuando, al ver que el Rey no se despertaba, entraron en su alcoba y le vieron asesinado, se promovió el conflicto natural. Echó Ricardo la culpa del asesinato a los guardias, y éstos fueron degollados sin admitirle excusa.

A falta de herederos del trono, fué proclamado Rey el general Ricardo, satisfaciendo así la ambición de su mujer y la suya propia; pero ¡ay! que lo mal adquirido trae sobre nuestro corazón los temores y los sustos del remordimiento.

Siempre lleno de terror, temeroso a cada instante de morir del mismo modo que su antecesor, se rodeaba de infinitas precauciones, que hacían de su vida una serie de angustias inagotable.





Una tarde en que salía de Palacio a pasear por las afueras de la capital, salióle al encuentro la misma bruja que le anunciara su elevación al trono, y, acercándosele, le dijo:

—Tu reinado ha de durar poco, pues morirás a manos del general Roberto, y sus hijos serán tus sucesores.

Aterrado por esta predicción, mandó Ricardo que prendieran al general Roberto y a sus hijos; pero el general había huido con toda su familia, y, según las noticias que le traía un correo, se había sublevado al frente de una buena parte del ejército.

El Rey, asustado ante aquella fatal nueva, buscó a las brujas de la montaña y les preguntó qué era lo que podía temer. Prepararon las brujas un caldero donde echaron agua, romero y otra porción de ingredientes, con los cuales coreaban a Satanás, y éste, apareciendo dijo:

—No tengas cuidado, porque tú no has de morir de hijo nacido de mujer viva, y además no perderás el reino hasta que la Selva Negra vaya a la capital de tu reino.

Rióse con esta predicción Ricardo, seguro de que no habla en el mundo nadie que no fuera hijo de mujer viva, y bien seguro, además, de que los árboles de la Selva Negra no habrían de sacar al aire sus raíces por el gusto de acercarse a la población.

Llegó en esto a su noticia que los rebeldes, acaudillados por Roberto, se acercaban, y llamó a sus nobles, con el fin de darles un banquete; pero no fiándose de uno de ellos, llamado Santiago, mandó, por instigación de la Reina su esposa, que le mataran en el camino de su casa a Palacio.

Reuniéronse los nobles en la mesa real, y la Reina echó de menos al noble Santiago, que, a pesar de haber sido invitado, no había acudido. Su asiento estaba vacío, cuando de pronto el Rey vio entrar al espectro del asesinado, todo lleno de

sangre, que manaba de sus heridas. El fantasma se sentó en su sillón, produciendo el espanto de Ricardo, que era el único que lo veía. Los nobles, al ver al Rey con el rostro desencajado y los ojos fuera de las órbitas, preguntaron lo que ocurría, viéndose obligada la Reina a dar por terminado el banquete, pretextando que su marido padecía de extrañas alucinaciones.

Al día siguiente, un

soldado se acercó al Rey, diciéndole:

—¡Señor! La Selva Negra viene poco a poco hacia la ciudad.

Palideció Ricardo, a impulsos del terror, y asomóse consternado a la muralla. En efecto, los árboles de la Selva Negra se movían, aproximándose a la ciudad.

—¡Esto es horrible! —gritó Ricardo— ¡Soy hombre perdido! La predicción se cumple.

Los árboles de la Selva Negra habían sido cortados por el ejército rebelde, y cada grupo de soldados avanzaba hacia la ciudad, resguardándose de los flechazos con un árbol.

Decidido Ricardo a darles la batalla a los rebeldes, salió con sus aguerridas tropas. Tratóse el combate, en el cual hizo prodigios de valor, hasta que al fin llegó a encontrarse frente a frente con el hijo mayor del noble Santiago, que había muerto asesinado por orden suya.

El hijo de la víctima buscó ansiosamente al verdugo de su padre, y le desafió a singular combate.

—Te mataré—dijo Ricardo con desprecio—, porque está escrito que contra mí nada puede ningún hijo de mujer viva.

—Es que mi madre murió antes que yo naciera—dijo lanzándose furiosamente contra Ricardo.

—Maldita sea la lengua que me da tan mala noticia—exclamó el Rey.

Y se lanzó contra su adversario, cayendo muerto de una estocada. Sorprendida la Reina, trató de huir, pero nadie quiso favorecer su fuga, y el vencedor la condenó a ser arrastrada por un caballo sin domar.

Los sucesores de Roberto fueron elegidos Reyes, y reinaron durante mucho tiempo, siendo ejemplo de bondad y amor a sus súbditos.

Ya veis, lectores míos, adónde conduce la ambición inmoderada, tan distinta de la noble emulación que habéis de tener para conquistar por medios decorosos un puesto debido a vuestro mérito.

¿Verdad que el ejemplo del general Ricardo no debe tener imitadores?

FIN





¿QUÉ QUIERE SABER HOY?



A te he visto ayer en el Parque Zoológico, curioso Chononcito.

—Es cierto que estuve. Pero eso me demuestra que tú no andas muy lejos. ¿Y cómo se explica que no te acercases a mí.

Ya puedes comprenderlo sin gran esfuerzo. Si aparezo allí mezclado con los curiosos creerían que me había escapado de alguna jaula. Y excuso decirte el gusto que me daría que me echase el guante algún guarda del Parque y me metiese entre barrotes. Sólo de pensarlo se me ponen las plumas de punta. Por eso me gusta ser prudente y no me aventuro, en semejante sitio, a salir del ramaje de los árboles. ¿Has comprendido, amigo Chonón?

—Perfectamente, mi querido buho. Y tienes una razón que aplasta. Así, como así, los buhos que hay en el Parque Zoológico parecen tontos. ¡Menuda adquisición harían si te llegasen a echar mano!

—No admito la suposición ni aun en broma. Vamos a hablar de otra cosa. ¿De qué quieres que tratemos hoy?

—Si te parece hablaremos de la jirafa. Supongo que ayer verías con qué curiosidad y asombro contemplaba a este raro animal.

—No es extraño tu asombro. La jirafa será siempre un animal que atraerá más curiosidad que otros. Sus raras formas, su tamaño, y sobre todo, la mezcla de figuras que tiene en su apariencia, la hacen un animal de singular extrañeza. Tiene la cabeza y el cuerpo del caballo, el cuello y el lomo de la gamuza, las orejas del buey, la cola del asno, las piernas del antílope, y el pelaje de la pantera.

—¿Ves como mi asombro ante semejante ejemplar está perfectamente justificado?

—Ya te he dicho que no me extrañó verte admirado. Sin embargo, hay que reconocer que la jirafa no es ni hermosa ni proporcionada. Tiene el tronco tan encogido, que no guarda relación ni con la longitud del cuerpo ni con la de las patas. La inclinación del lomo es fea, como fea es también la desproporción de su altura. Lo único que tiene bonito es la cabeza, los ojos y el pelaje.

—¿Verdad que tiene apariencia de animal prehistórico?

—Indudablemente. Y no cabe tampoco duda de que en tiempos antíguísimos este animal jugó un papel muy importante en la tradición de aquellas generaciones. Buena prueba de ello la tenemos en los monumentos egipcios donde aparece casi siempre entre los geroglíficos de su escritura la silueta de la jirafa.

—¿Tú supones lo que en aquella escritura pudiera significar la jirafa?

—El signo silábico representado por la jirafa tiene el valor fonético de la palabra «ser» lo que entre los egipcios significa «grande, alto, elevado». Era por lo tanto una palabra de alabanza para el personaje a quien el monumento estaba dedicado. La jirafa habita en la zona de África comprendida desde el Sur del Sahara hasta las orillas del río Orange y en algunas estepas americanas de la región del Ecuador. No se la encuentra nunca en países montañosos ni en las espesas selvas vírgenes.

—Tendrá miedo de enfrentarse con las fieras de la selva.

—Desde luego es esta la causa de que busque un lugar tranquilo para vivir. Sus medios defensivos se reducen a la fuerza de sus patas, pero como comprenderás, esta defensa es muy débil si tiene que habérselas con un león, un tigre o una pantera. Ha de vivir, pues, en lugares

despejados, donde no se le ofrezca otro peligro que la persecución del hombre:

—¿Y tú no crees que el del hombre es un peligro mayor aun que el del león o el del tigre?

—No lo dudo ni un momento, querido Chononcito. Pero la jirafa tiene mucha altura; su cuello le sirve de atalaya; su vista y su oído tienen gran alcance, y en la llanura, donde los horizontes son amplios, advierte en seguida la presencia de cualquier peligro lejano y con sus largas patas y su gran resistencia para la carrera, pone tierra por medio. En la espesura de la selva en cambio ni pueden advertir el peligro hasta que lo tienen encima, ni, de advertirlo, les es posible correr mucho entre los obstáculos de tanto árbol.

—Y en la llanura ¿qué alimento pueden encontrar?

—Hay muchos terrenos llanos cubiertos de líquenes y de mimosas, que es su alimento preferido. Además, no es que precisamente huyan de los árboles, sino de los bosques o selvas donde su espesura es extraordinaria. Por lo demás, gustan más de comer hojas que estén en alto, que hierbas o arbustos a nivel del suelo. Su largo cuello le permite alcanzar las ramas tiernas y los brotes de los árboles con más comodidad que lo que nace a poca altura de la tierra.

—Una de las cosas que ayer atrajo mi curiosidad ante este animal es precisamente la altura de sus patas anteriores comparadas con la longitud de su cuello. Después de un rato de observación, he sacado una consecuencia que no sé si será equivocada.

—Vamos a ver que has observado.

—Yo creo que estando este animal de pie, no llega con su cabeza al suelo, por mucho que doble el cuello hacia abajo; las patas de adelante son más largas, y se lo impiden.

—Ciertamente es así, y por esta causa la posición que adopta este animal cuando bebe o recoge alguna cosa del suelo es en extremo particular. Tiene que entreabrir sus piernas anteriores y separarlas lo necesario para que la cabeza le pueda llegar al suelo. Para dormir se tiende de lado, recoge una pierna anterior, o las dos, echa el cuello hacia atrás y deja descansar la cabeza sobre las ancas. Tiene un sueño muy corto y muy ligero. El menor ruido la pone en guardia.

—Será difícilísimo acercarse a ella ¿no te parece?

—Casi imposible. Por eso la caza de la jirafa es de las más penosas. Hace falta el auxilio de buenos caballos o de camellos de gran resistencia, porque la jirafa es infatigable y únicamente se la puede dar alcance acorralándola hacia sitios donde los obstáculos le hagan difícil la huida. En cautividad es uno de los animales que más fácilmente se acostumbran al trato del hombre. En muchas ciudades del interior de África se ven con gran frecuencia cabezas de jirafa que asoman tras de las tapias de los jardines donde conviven con sus dueños en completa domesticidad. Toman el pan de la mano del hombre, dejan acariciarse y sienten gran halago de que se les pase la mano por el lomo.

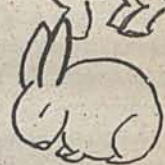
—¿Tú sabes si la carne de las jirafas es comestible?

—Desde luego. Y no es de las menos apetitosas. Además su piel, una vez curtida, es un cuero de calidad excelente. Con los pelos de su cola se hacen zorros y espantamoscas y los cascos de sus patas se utilizan como vasos entre los naturales del país.

—¿Quieres que volvamos al Parque Zoológico a contemplar de nuevo la rareza de este animal?

—Con mucho gusto. Pero ya sabes que yo no saldré del ramaje de los árboles.

—Eres un miedoso, amigo buho.



COLABORACION PINOCHISTA

DEL MES DE ENERO

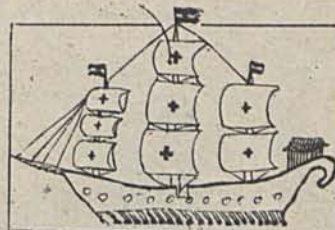
Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



¿Lo conocéis?
Nicolásito Moya



Un americano
Carlos Grande



Una nave antigua
Rafael Soler, 11 años



Un disfraz
María Paz Lorita
12 años



Bubita
Lolita Fernández



Estudio a pluma
Carlos Pérez Casado



Un acorazado
Maruja Aznar, 8 años



El perrito de mi tía
Andrés Ruiz de la Rosa



Un explorador
José Ant.º Villaba
8 años



Borriquín, ya sabes quien es este
pequeñín
Gabino Calvo



Fotografía
Carlos R. de
las Cuerzas



Historieta por Isidoro García
(Ximpa IV)



Colorín
A. R. de la Rosa



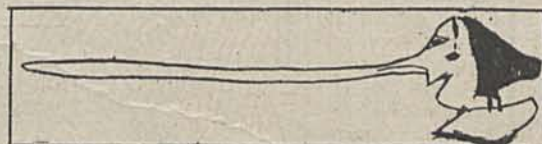
Mariquita
María García Condo



Laura la cotorra
Indisoreta
Julián Orcazarán



Mesita.—T. P. R.



Pinocho.—Amalia Moreta



Yatagán de Pinocho
Carlos Grande



En las carreras
G. Hidaigo



Pollo para
Titi Pérez



Iglesia
Carlos Moncada



Luis Uribe
Ant.º B. Tourón



Retrato
Elvira García



Pinocho, guerrero
Alberto L. Arbones



Anita
V. T.



Engracia
Elvira García



Mantilla
Inés Jara-
quemada



Un salmón.—A. R. de la Rosa



Don Turu
José María M. P.



Una fábrica
T. B. S.



Currinche
Lu-ta-sé



Voltereta
Joaquina
Jaraquemada



El Pinocho
Alberto L. Arbones

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE ENERO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LOS CINCO AVENTUREROS



Una vez, un elefante, dos patos, un loro y una cabra, salieron de su aldea en busca de aventuras. Los cinco eran animosos, jóvenes y valientes. Todo lo veían de color de rosa y pensaban meterse el mundo, como vulgarmente se dice, en los bolsillos.

Pero ¡ay! las cuentas no les salieron tal como ellos pensaban porque apenas salidos del lugar, entraron en un espesísimo bosque donde cayeron en las garras de unos potentes cepos que un cocodrilo cazador tenía dispuestos para el día siguiente...

Y ved aquí al susodicho cazador dando gritos de sorpresa al ver la caza que le ha deparado el destino... ¡Ah! Pero es que no véis a los cinco aventureros... ¡Pues a buscarlos!

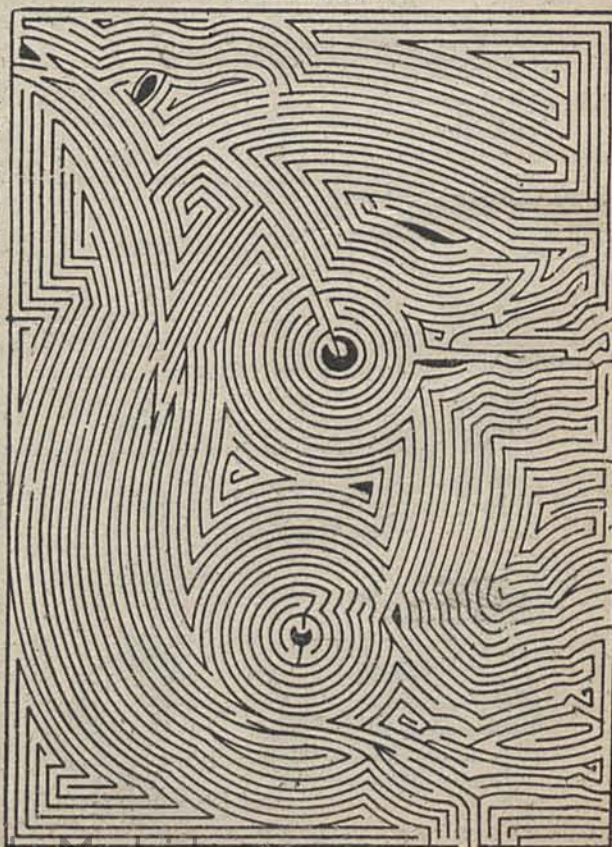
LOS HUESOS



Dividir el dibujo, solamente con cuatro líneas, en tantos pedazos como líneas hay, de forma que en cada pedazo haya un hueso.

Hay que entrar y salir por donde indican las flechas. Buscad el camino.

LABERINTO



ANITA BUEN- CORAZON



Sección Pirula

Fantasías de Pirula... decoradora

EL ARO DE TATI



cionarame el gusto de explicárselos a las demás.

Decidme a mí, si no, cómo ibáis a adivinar que Tati se llama Patrocinio. La llaman, naturalmente, Patro; pero cuando era pequeña, hasta Patro resultaba demasiado solemne y la decían Patrito; y Patrito, en su media lengua...

No os vayáis a creer que Patrito no tenía entonces más que la mitad de su lengua y que la otra se le había perdido; esto sucedía solamente cuando había visita, porque Patro se intimidaba, no decía nada y la visita exclamaba: ¡Uy! qué pena se le ha perdido ¡Esta niña no tiene lengua! Entonces Patrito se apresuraba a sacar la lengua que tenía enterita y, por cierto, bien larga, rosa y puntiaguda.

Al hablar de la media lengua de Patrito me refiero al lenguaje de los niños pequeños que se llama así, porque todo lo dicen a medias... para sus papás; para los demás, no lo dicen ni a medias ni de ninguna manera, porque nadie les entiende, ni puede adivinar que «Poooo» significa automóvil, y «Aaaaa» quiere decir sopa.

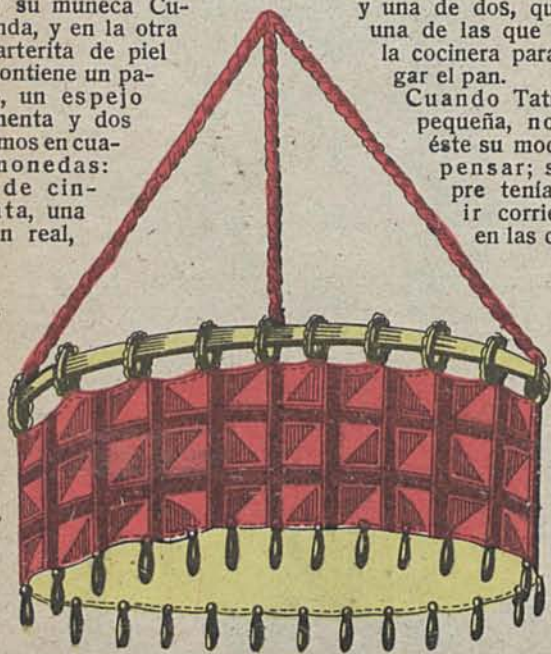
Pues en su media lengua, Patrito quería decir su nombre y decía «Tati».

De esto hace mucho tiempo puesto que hoy Tati es toda una persona mayor. ¿A que no sabéis en qué se nota que Tati es ya mayor? ¿En que sabe leer y escribir, y de cuentas y las capitales de Europa? ¿O en que ya no coge «perras»? (aunque sigue cogiendo las «perras»... que la regalan) ¿O en los chicos que le vienen los vestidos del año pasado?

No, en lo que más se nota que Tati es toda una mujercita es en su modo de pasear, seria, formal, al lado de mamá o de «Miss», llevando en una mano su muñeca Cunenegunda, y en la otra su carterita de piel que contiene un pañuelo, un espejo y ochenta y dos céntimos en cuatro monedas: una de cincuenta, una de un real,

una de cinco céntimos y una de dos, que es una de las que tiene la cocinera para pagar el pan.

Cuando Tati era pequeña, no era éste su modo de pensar; siempre tenía que ir corriendo; en las calles



dió más de un disgusto al escaparse de la mano que la sujetaba; en los paseos, siempre iba delante, hostigando a Gigantón.

Gigantón es un aro; Patrito que tiene la costumbre de imponerle nombres a todo, le llamó así porque, le parecía muy grande, enorme; hoy, Patrito ha crecido tanto que si hubiera de volverle a poner nombre a Gigantón, puede que le llamase Pulgarito.

Pero hoy, Tati no juega ya con su aro, ni le mira siquiera; el pobre aro está abandonado, colgado de un clavo, en la pared, detrás de la puerta del cuarto de recreo; y pensar que ha sido el juguete predilecto de su ama! ¡Las vueltas que da el mundo! ¡Y las vueltas que dan los aros!

Este aro de Tati ya no dará más vueltas, y no solo porque Tati ya no juega con él, sino porque le va a transformar muy pronto... en pantalla. Y como todas vosotras, la que más y la que menos tiene algún aro suyo o de sus hermanitos, con el cual ya no se juega, y quiere tener una nueva pantalla, pues ya estoy viendo a todas mis Pirulindas haciendo la misma operación que os voy a explicar en seguida.

Lo primero que se hace es cepillar el aro con papel de lija y pintarlo con pintura esmalte, en el color vivo que se quiera. Ahora dejemos que se seque la pintura y entretanto, dediquémonos a las demás partes de la pantalla, que son: la tela, las anillas y el fleco. La tela es una tira de cretona estampada que tiene veinticinco centímetros de altura y un largo igual naturalmente al contorno del aro, más un par de centímetros, para lo que haya que meter en la costura. Esta tela se forma con una batista lisa que puede ser blanca o del mismo color que el fondo de la cretona. Las anillas pueden hacerse con cuerda gruesa, de esa misma que se usa para tender la ropa; y se cubren con grueso algodón perlé, a punto de festón; estas anillas son las que unen la tela al aro. Y ya no queda más que pegar las bellotas de madera pintada del mismo color que el aro y que constituyen el fleco; y los tres gruesos cordones de seda, mediante las cuales la pantalla se cuelga de un gancho fijado al techo.

Si el aro es muy pequeño, también puede dársele otra finalidad, confeccionando con él una bolsa de labor muy caprichosa.

En este caso, se hace, con cretona, una bolsa cuya boca tiene el mismo diámetro que el aro al cual se pega, haciendo un ancho jaretón que cubre el aro; en su parte inferior, la bolsa se frunce y se remata con un grueso borlón de lana o de cuentas de madera.

Alrededor del aro se pega un grueso cordón de lana; idéntico cordón forma el asa, mediante el cual la bolsa de labor puede colgarse del respaldo de una silla o de donde se quiera.

